

**Algunos pasos para
alcanzar un
corazón cristiano**

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca

Talca, Diciembre 1974

Talca, 8 de Diciembre de 1974.

ESTIMADOS CRISTIANOS:

Al finalizar el Mes de María y al iniciarse el tiempo de preparación para la Navidad, los invito a leer y meditar con profundidad estas reflexiones:

I. DAR VUELTA UNA PAGINA DE NUESTRA HISTORIA

Los chilenos hemos vivido años intensos y difíciles en una realidad que todos conocemos. Los conflictos de nuestra vida política crearon una situación compleja en que se mezcló el sueño con la realidad; la alegría con la tristeza; la esperanza con el fracaso.

Todos los habitantes del país hemos pasado por momentos de esperanza y de frustraciones, por tiempos de miedo y de inseguridad. En forma sucesiva, no simultánea, estos sentimientos han desfilado en nuestros corazones en el curso de estos años.

Desde hace tiempo, de un modo especial desde 1970 hasta ahora, la acción político-partidista —ya sea de izquierda o derecha— ha influido en forma decisiva en todo el país. Las pasiones crearon situaciones febriles donde "el poder" dejó de ser una herramienta al servicio del bien común y se transformó en un falso dios que pretendió utilizarlo todo —personas, pensamientos, aún la fe cristiana— al servicio de las ideologías. Esta adoración por el falso dios llamado "el poder" afectó a todos los chilenos, de todas las tendencias o corrientes, sin excepción alguna.

En Septiembre de 1973 se decreta el receso de los partidos políticos; pero son muchos los compatriotas que siguen juzgándolo todo, o casi todo, con los mismos criterios anteriores. Muchos relojes han quedado detenidos el 11 de Septiembre porque los dueños de estos relojes aún no logran

entender que ha empezado una etapa diferente de nuestra historia.

Lo más grave consiste en que esta paralización también se ha comunicado al terreno de los rencores y de los odios que no se pueden o no se quieren olvidar.

Muchas personas viven hoy día animadas por una secreta sed de venganza o por rencores enquistados en el corazón, que no dejan lugar al perdón. La revancha, el desquite en una u otra forma, alejan la posibilidad de reconciliación verdadera.

Incluso existen quienes creen que al perdonar serían infieles a sus ideales y traicionarían la causa que ellos creen una causa justa.

Con estas perspectivas, desgraciadamente, casi no hay nada que hacer y será prácticamente imposible vivir como cristianos.

Así como no es posible servir a Dios y al dinero, lo dice Cristo, también es imposible amar a Dios y al deseo de venganza.

Siempre hay motivos para no superar el pasado, y los años difíciles que hemos vivido posiblemente han acrecentado estos motivos. Todos sabemos que es difícil olvidar la postergación de un ascenso que se merecía o el no ser tomado en cuenta o el ser ignorado. No se olvida la humillación que se recibe del prepotente que abusa del poder.

El despido arbitrario de un trabajo, la expropiación injusta de una propiedad agrícola, para colocar algunos ejemplos, son realidades que siempre quedan grabadas en el fondo del corazón.

La angustia, la inseguridad, son sentimientos que siempre se refuerzan y el miedo que se ha padecido deja su huella en nuestras vidas. Una familia no puede olvidar al hijo que debió dejar el país o al pariente que está detenido en la cárcel.

Y así hay tantos hechos que se recuerdan en nuestras mentes y son muchos los motivos para no olvidar.

Es evidente que muchos se estarán preguntando: ¿acaso el Obispo no se acuerda de los abusos del mercado negro, del sectarismo y del clima de violencia de la época pasada? También estarán pensando: ¿por qué ahora la Iglesia habla?

Y así entramos en un círculo vicioso, en un espiral de recuerdos y de rencores que significa volver a la ley del ojo por ojo y diente por diente que Cristo quiere superar en las relaciones humanas.

¿Qué se avanza con alimentar el recuerdo amargo que mantiene vivo el odio en nuestros corazones? Y ¿qué se gana con tener la vida atormentada con la rabia y el rencor?

La venganza o la revancha lograda puede producir una satisfacción malsana, transitoria, que siempre deja un sabor amargo en los labios; pero ¿qué se construye con estas actitudes?

Qué poco sirve perseguir a un hombre por sus ideas. Los cristianos podemos condenar una doctrina; pero no tenemos derecho a juzgar las intenciones y el corazón de nuestros hermanos. Ese juicio sólo le pertenece a Dios porque sólo El tiene derecho a juzgar el corazón del hombre.

Queridos cristianos: todos tenemos culpas y ninguno de nosotros es totalmente inocente. Necesitamos el perdón y sabemos que para ser perdonados por Dios debemos dar nuestro perdón. Es lo que Jesucristo nos enseña. Su palabra tiene hoy una fuerza extraordinaria: "Amad a vuestros enemigos....." "Es necesario perdonar setenta veces siete, que quiere decir, siempre...." "No juzguéis y no seréis juzgados. No condenéis y no seréis condenados....." "Con la medida que juzgues a los otros así serás tu mismo juzgado....."

(San Mateo. Cap. 7).

Los cristianos somos hijos del mismo Padre y estamos llamados por Cristo a recordar al mundo que creemos en el amor, en la verdad, en el cariño, en la paz y en la justicia.

"Si la sal pierde su sabor ¿con qué se la salará?" (Mateo 5.) Tal vez existe en muchos de nosotros un doble dolor producido por una doble herida. Tal vez nos sentimos ofendidos sintiendo que algo se ha quebrado en nuestras vidas y existe la otra herida —la más peligrosa porque es más sutil y escondida—: es la ausencia de esperanza real de una vida mejor, donde se pueda vivir en forma más justa y fraternal.

El primer paso para entrar en un camino de esperanza consiste en dejar atrás y superar ese corazón de piedra que se niega a perdonar y que sabe encontrar mil disculpas para no amar. Sólo entonces será posible dar paso al corazón de carne, a ese corazón capaz de amar y de compartir; a ese

corazón que puede olvidarse de sí mismo y abrirse al amor verdadero.

Ojalá que podamos dar vuelta esta página de nuestra historia y entremos a trabajar por un mundo más humano, más fraternal, más justo. Luchemos con los medios que nos da Cristo y su Evangelio para hacer de Chile un país de hermanos.

Cristo en el Evangelio propone una mentalidad y una concepción total de la vida que supera las doctrinas materialistas y los gestos totalitarios. La verdad es que tanto el marxismo como el capitalismo son doctrinas que al ser llevadas en forma consecuente o radical, nos llevan a sistemas totalitarios materialistas que destruyen la persona humana, ahogan la libertad del corazón y matan toda posibilidad de convivencia sana y verdadera.

Y sólo Cristo con sus enseñanzas puede ayudarnos a superar estas ideologías y a dar vuelta esta página de nuestra historia. Sólo El tiene la fuerza para decidirnos a mirar positivamente a las personas y superar los odios y los recuerdos amargos que nos separan.

Sólo Cristo y el Evangelio nos pueden hacer superar la injusticia, la prepotencia y la lucha de clases. No olvidemos que la lucha de clases se fomenta al predicar el odio y la violencia; pero se fomenta mucho más eficazmente, sin palabras, al practicar la injusticia y al abusar del poder o del dinero.

Es indispensable dejar de mirar hacia atrás, aunque nos cueste. La Biblia narra la historia de la mujer de Lot convertida en estatua de sal por mirar hacia atrás, sin poder romper con el pasado de la ciudad que abandonaba. Dios quiera que no nos suceda lo mismo.

II. VIVIR A FONDO EL ESPIRITU DEL SERMON DE LA MONTAÑA

Si alguien ha pensado profundamente en qué consiste ser católico, habrá descubierto al menos cuatro signos funda-

mentales: la fe viva en Jesucristo, el amor a Dios y al prójimo, la participación viva en la Eucaristía, la unión o comunión con el Santo Padre y el Obispo. Son los signos vitales de un católico, y si ha desaparecido uno de estos cuatro signos, no habrá vida cristiana completa.

Pero, más allá de estos cuatro signos, existe toda una mentalidad y un estilo de vida cristiana. No basta cumplir los diez mandamientos en forma externa o mecánica. No es suficiente vivir en forma moralmente correcta y hacer todo por obligación. El espíritu cristiano está centrado en las palabras del Sermón de la Montaña, en las Bienaventuranzas.

(Mateo 5, 1 y ss).

Lo dice Jesucristo: felices los que tienen un corazón de pobre, los mansos, los misericordiosos, los de corazón puro, los que luchan por la justicia y la verdad. El Sermón de la Montaña es un llamado penetrante y profundo a luchar por la justicia y la igualdad entre todos los hombres. Todos somos hijos de Dios y para El no existe diferencia alguna.

Para Dios vale el hombre, sea de la ideología, de la condición social o de la cultura que sea.

Ser cristiano es tomar el Sermón de la Montaña en su totalidad y dirigir la vida diaria por esa senda, en ese espíritu.

Ojalá que todos pudiéramos profundizarlo en forma personal, y que cada familia y comunidad cristiana pueda ahondar en esta línea. La Virgen María, vivió íntegramente el espíritu de las Bienaventuranzas, y por ello la llamamos Bienaventurada. Su canto del Magnificat es toda la expresión de un corazón cristiano.

Vivir el Sermón de la Montaña, es iniciar una manera de vivir distinta a los demás, poco común. Es un camino duro y difícil, pero lleno de Paz profunda. Jesús en su vida sufrió y murió despreciado, como un delincuente; pero su Cruz es un signo de una vida nueva; es triunfo sobre la muerte; es triunfo del amor sobre el odio; de la paz sobre la guerra; de la verdad sobre la mentira. Al elegir ser cristianos así, como nuestro Maestro, elegimos el camino que pasa por la Cruz. Pero sólo optando por una vida cristiana auténtica, la Cruz dejará de ser un adorno en las casas y no olvidaremos que pertenecemos a un Cuerpo que tiene la Cabeza coronada de espinas.

III. INTENSIFICAR LA SOLIDARIDAD Y EL AMOR DE LOS CHILENOS

En el mes de octubre de 1974, el Presidente de la Junta Militar, General Augusto Pinochet U., en un gesto de honestidad que lo enaltece, ha publicado el "Mapa de la extrema pobreza en Chile". Este informe publicado por el Gobierno, muestra una verdad trágica, sin máscaras: uno de cada cinco chilenos vive en condiciones de extrema pobreza.

Si nos consideramos cristianos, si creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios que hoy está vivo, tendremos que entender la angustia del padre que no puede educar a sus hijos por falta de dinero, captar el sufrimiento de la mujer que enfrenta la carestía de la vida; la inseguridad del que no tiene trabajo, y todo el dolor escondido en cualquier corazón humano. Nuevamente les ruego no vivir buscando culpables o quedándonos en el pasado sino buscando cómo superar esta cruda realidad.

Existen situaciones dolorosas, y un corazón cristiano no puede vendarse los ojos para no ver el sufrimiento de Cristo en el rostro de los niños y de los pobres.

No puede dormir tranquilo el hombre o la mujer que derrocha o que gasta dinero en cosas innecesarias. Todo derroche de dinero, además de ser una provocación para quien no tiene lo suficiente para comer, es también un pecado que nos aleja de la amistad con Dios. Ojalá que cada familia pueda realizar un examen de conciencia sincero sobre sus gastos y que logre apoyar en forma real a los que no tienen.

Los cristianos estamos llamados a compartir lo que tenemos, poco o mucho. Ojalá que busquemos el modo de aliviar las tensiones y los sufrimientos de quienes no tienen trabajo. Hoy día existe un llamado urgente a demostrar en la solidaridad real nuestro compromiso de amor.

Les pido crear y construir caminos nuevos de solidaridad.

Es un llamado a todos y cada uno, al empresario, al obrero, al campesino. Todos necesitamos encontrar ese camino, que nos permita ser capaces de compartir las alegrías y las tristezas, la abundancia y la pobreza. Todos pueden colaborar: el vecino, el profesor, la dueña de casa, el empleado fiscal.

Siendo valiosos estos gestos individuales, es imposible des-

conocer que la tarea que nos queda es ayudar a encontrar caminos para una economía al servicio del hombre. La Iglesia y los cristianos tenemos como misión recibida de Cristo vivir la solidaridad material, dando fé, esperanza y amor.

Debemos dar el pan de la paz y el pan de la justicia. Es necesario que demos el pan refrescante del perdón y la amistad.

“Hoy día la Iglesia debe proclamar a Jesucristo, la única esperanza de los hombres en todos sus problemas personales y sociales..... Cuando se cree, se sabe que las contradicciones de la vida no son definitivas ni victoriosas. Es posible caminar en plena noche con la radiante convicción de que todo sirve al bien de los que aman a Dios. Aún las tinieblas de medianoche, sin estrellas, pueden proclamar la aurora de una gran realización”.

Este pensamiento es de Martin Luther King, que dio su vida por la solidaridad, por la justicia y la igualdad entre los hombres.

Ojalá que estas palabras no se pierdan en el vacío y que en este Año Santo de la Reconciliación demos un paso verdadero de amor.

Los bendice y saluda con cariño

CARLOS GONZALEZ C.
Obispo de Talca